

MARINA FRANKEL

Entre doñas



Buenos Aires • 2025

1

–Como siempre, la última en enterarme de todo –dijo la hija de Mabel, y le dio un portazo al mueble. Abrió y cerró los cajones hasta encontrar las tazas.

El hijo de Mabel apagó la tele, apartó el plato con los cubiertos cruzados.

–Decime, hermanito, a vos, que mamá todo te lo cuenta. ¿Hace cuánto sabés de este delirio? –preguntó la hija, cargando la pava.

–Cerraré el agua –dijo Mabel, se levantó de la mesa y tiró los restos de comida a la basura.

–Dejame adivinar, mamá. Esto fue idea de tu amiga, la solterona, ¿no? Como no tiene quién la cuide ni dónde caerse muerta, las arrastra. Cuatro viejas viviendo juntas, maravillosa ocurrencia, eh...

–Cheee... –dijo el hijo por lo bajo.

–¿Qué? No tenés el culo de levantarte para lavar los platos, ¿y me mandás a callar?

Mabel se ató el delantal, le puso detergente a la esponja y abrió las dos canillas. Ahora el caudal tapaba las voces de sus hijos. Tenía años ensayando formas de silenciarlos gracias a los ruidos del lavarropas, del extractor, de la ducha. “Silencio, que no veo”, era la mejor opción cuando no había electrodomésticos aliados.

–Con esta casa ¿qué vas a hacer? –dijo la hija, batiendo el café–. Vendela, mamá, o ya sé, mejor se mudan las cuatro acá.

El hijo se levantó de la mesa y buscó el paquete de cigarrillos.

–Ah, no, cierto. Si el señor no tiene dónde ir y ahora que los pibes se saben lavar solos el culo, listo, se terminó el papel de viudo mártir y te raja. Empezá a cobrarle un alquiler.

–Basta, hija –dijo Mabel, y apagó el fuego de la pava que hervía. Le hizo señas a su hijo para que abriera la ventana–. Vos tenés un trabajo, nadie que mantener. En cambio, tu hermano, con dos chicos y uno más en camino...

La hija dejó de secar los platos y le revoleó al hermano el repasador por la cabeza.

–¿Otro más en camino? Por eso estás tan mudo vos. No solo vas a rajar a mamá, sino que la vas a traer a tu novia.

–Nadie echa a nadie –respondió Mabel, y sirvió el café.

–Pero mamá, ¿dónde van a vivir? –le preguntó la hija mientras cortaba la pastafrola–. Si apenas cobrás la mínima, ¿cómo vas a pagar el alquiler?

Mabel se encogió de hombros y probó la torta. Esa parte no la había pensado muy bien; los números, cuentas y gastos no eran lo suyo. Algo se le iba a ocurrir, o quizás podía a volver a trabajar en la perfumería del barrio. En la semana se iba a dar una vuelta; por ahí necesitaban una empleada, un par de horitas, y para ella ese trabajo sería pan comido.

La hija terminó su café y recostó la cabeza sobre la mesa. Mabel le hizo una caricia. El hijo pateó despacio por debajo de la silla a la hermana.

–Mamá, ¿cómo te podemos ayudar? Y para vos, felicitaciones, idiota, ¿cuándo va a nacer?